



su alma junto a los protagonistas, como uno más del reparto. El 5 de octubre de 1.786, Goethe contempló una tragedia: "Todavía se me escapa la risa. Un padre y otro padre se odian, pero un hijo del primero y una hija del segundo establecen fuego cruzado amoroso y hablan de matrimonio secreto. Para que puedan ser felices, ambos padres deben morir, de manera que se apuñalan mutuamente y cae el telón en medio de frenéticos aplausos. El público reclama a los amantes. Se presentan, saludan y se retiran. Entonces el público grita: "I morti! I morti!" con tanto entusiasmo que los muertos se presentan a su vez y son acogidos con gran júbilo y gritos de "Bravi i morti! Bravi i morti!".

Cuando este público tan espontáneo, ingenuo e inocente acudía a la ópera, las cosas aún podían ser más divertidas. La primera vez que Casanova asiste a una ópera en París comenta: "Lo más admirable era el silencio de los espectadores, algo perfectamente insólito para un veneciano. El ruido que hacen los italianos mientras canta el artista es ensordecedor, y contrasta grotescamente con

el ridículo silencio que sucede al barullo en cuanto aparecen los bailarines. Se diría que los italianos tienen la inteligencia en los ojos". Lo que es muy probable, de otra parte, pero no sirve de excusa.

Tampoco faltaba algún vehemente, como el *Nobil Homo* Gerolamo Mocenigo, enamorado de la actriz del año (en esta ocasión era una bailarina llamada La Farinella) que interrumpía el espectáculo haciendo soltar por sus criados, desde lo alto del teatro de S. Benedetto, faisanes, perdices y palomas vivos por un valor aproximado de doscientos ducados, con gran entusiasmo del público; el mismo público que ya ni se acordaba de Goldoni, y quizá era lo mejor que les podía suceder al uno y a los otros: olvidarse mutuamente.

Concluido el espectáculo, la sociedad continuaba despellejándose, seduciéndose, comerciando, conspirando o exhibiéndose en los incontables establecimientos destinados a la restauración.(...)

De su libro "Venecia de Casanova";
Barcelona, Planeta, 1.990

HAY UN GRAN TRABAJO QUE HACER SOBRE GOLDONI

por Giorgio Strehler (*)
Traducción: Inmaculada Alvear

Los aniversarios del nacimiento o de la muerte de los grandes personajes sirven a menudo para poner en orden la conciencia histórica, que olvida o niega que han dado mucho al patrimonio artístico, es decir al espiritual, del mundo. Para Carlo Goldoni, el año 1993 puede ser la ocasión, no de celebrar a un gran autor dramático, sino de volver a pensar con una mayor atención crítica su papel de escritor de teatro, de teórico de la escena y de hombre de la historia, papel que se ha comprendido mal desde hace tiempo, en su realidad de europeo que supo vivir la aventura de una República y de un mundo a punto de desaparecer, en el umbral de otra República y otro mundo que iba a nacer.

Personaje de teatro, que no ha nacido más que en el teatro y por el teatro, Goldoni ha sabido siempre defender, sin romperlo jamás, el nexo profundo que enlaza la verdadera teatralidad con la vida. Verdaderamente para él, el Mundo y el Teatro han constituido siempre una unidad de intenciones y de obras, que hace de la mayor parte de sus comedias algo extraordinario, porque lo real es elevado a una dimensión poética, a menudo inimitable. Descubrimos cada vez más una especie de rizo lírico de amor para ciertas verdades del hombre, que constituyen la imagen más profunda del teatro goldoniano.

Lo que apareció durante mucho tiempo como un juego, casi pura música y simple divertimento, se convierte actualmente en una forma de estilo, testimonio del tiempo y de las costumbres, búsque-

da y descubrimiento de una humanidad que vive sus dramas, sin renunciar a la sonrisa y la ternura, en una alternancia de luz y de sombra, de palabra y de silencio, del que queda una crítica demasiado habituada al cliché del cómico y el ridículo.

Hay un gran trabajo que hacer sobre Goldoni, sobre el escenario y a través del libro, para revelar el perfil de un gran hombre de teatro, completo y complejo, todavía demasiado oculto por los falsos días de la pretendida tradición.

Hacen falta espectáculos amados y medidos, sin profanaciones inútiles ni formalismos estériles, estudios alternativos, traducciones indispensables que puedan, de alguna manera, hacer brotar lo que no será más que el reflejo de un cierto lenguaje dramático, sobre todo para esta parcela tan fundamental de su teatro que son las obras en lengua veneciana.

Es un trabajo que se está realizando, después de una docena de años, más o menos, sobre los escenarios europeos. Hay que intensificarlo, pero con una enorme atención crítica, mucho respeto y amor. Creo que Goldoni merece todo esto porque algo en él es verdaderamente una conquista estética única, una especie de enseñanza teatral y humana, válida también para la teatralidad de nuestro tiempo, tan alejada como parece de sus cadencias.

Una de sus frases, casi susurrada: "lo que vence, en el corazón del hombre, es siempre lo sencillo, lo natural" quizás una advertencia para todos nosotros y para el teatro que trata de expresar la realidad de nuestro mundo tan atormentado.

* Giorgio Strehler es director del Piccolo Teatro de Milán y director de escena